

MEMORIA DE VALDELATEJA

Por David Palomar, “el Rubio”



La venta de la trucha

Un domingo por la tarde íbamos los de mi edad a bañarnos a la presa de la Casilla. Al pasar por Riocampo vimos, en medio del río, una trucha muerta. Me tiré y la saqué. Pesaría medio kilo.

Haciendo planes referentes a qué hacer con ella, llegamos al canal. Vimos que había en él tres truchas. Éstas estaban vivas. Pusimos manos a la obra, pero cogimos nada más que una, las otras dos, apaleadas, escaparon. Cogimos la más pequeña, de las que se llaman “cuarteronas”.

Decidimos subir al pueblo a ver si podíamos venderlas. Hubo quien dijo “¿Y si se muere alguno por comer la trucha grande?”. Razonamos: como la trucha había muerto ahogada con el cangrejo que tenía en el pasadero, no sucedería nada. Convencidos todos, sacamos el cangrejo de la boca de la trucha y ¡a la venta ambulante!

Estaban las mujeres jugando a la brisca en la plaza de Don Ricardo de la Torriente y les presentamos nuestra mercancía diciendo que estaban en el canal de la Casilla y que se nos habían escapado otras dos. La cosa fraguó bien. Se levantó la señora Felipa Díaz, madre de Desiderio, que estaba metido en la sociedad con nosotros, y nos ofreció cinco pesetas. La cogimos por la palabra diciéndole: “¡Buen provecho le hagan!”

En aquellos tiempos no se manejaba dinero. Sólo llevaba la buena mujer una perra de aquéllas de cobre, por si perdía la partida, que era lo que jugaban en toda la tarde. Nos mandó pasar a casa, al otro barrio, que allí nos pagaría. Así fue, nos pagó, colgó las truchas en un clavo en la cocina y volvió a jugar a las cartas.

Desiderio, muy astuto, después de marchar su madre entró en casa, descolgó las truchas y se las echó a los gatos, que ya estaban esperando a ver cómo las podían descolgar ellos. Así se quitó un cargo de conciencia el compañero

Desiderio.

Pasamos todos los socios juntos a la taberna de Julia y nos gastamos las cinco pesetas en unos porrones de vino clarete con gaseosa envuelto. Lo bebimos muy bien repartido. No le dejamos beber más a Desiderio porque el dinero fuera de su madre. Todos, trago a trago hasta que se acabó. Domingo concluido y divertido.

Lo contaba la señora Felipa con pesar: “Yo que iba a preparar la cena y veo que las truchas no estaban. Me extrañó que los gatos estaban tumbados y no se movían cuando entré en la cocina, porque siempre están pidiendo para que les echés de comer. Cuando vi un trozo de trucha en el suelo, entonces ya me figuré lo que había pasado.”

Se lo contó a su marido, Salvador Hidalgo, lo que había pasado. La contestó: “Felipa, ¿es que tú no sabes que los gatos viven de las mujeres descuidadas?”

El campanario de la iglesia

Por el año mil novecientos treinta y nueve se construye el campanario de la iglesia de Valdelateja. Antes, en el ángulo que hace la sacristía con la puerta de entrada a la iglesia, había un rectángulo de cuatro metros de base por tres de altura. Allí había dos campanas. Fijas, no daban vueltas al aire, se tocaban de abajo con una cadena.

Este recinto estaba muy deteriorado, la construcción era de toba y madera por lo que se había quedado de mal ver y viejo y se decidió hacer una respadña nueva.

Las piedras de sillería, tanto las de las esquinas como las del campanario, fueron arrancadas de la iglesia de Siero. Luego se bajaron arrastrando en corzas.

Estas corzas consistían en un árbol gordo con dos extremidades, en forma de Y. Este artefacto iba arrastrado por el suelo, tirando de él una o dos parejas de vacas, según fuera la carga de piedras.

El campanario lo construyeron los canteros del “Valle Redible”, que eran los más famosos del contorno y hacían las obras de más presupuesto.

Mandaron fundir las dos campanas viejas al campanero de Santa Cruz del Tozo, que fabricó las dos que hay en la actualidad.

Desde que se quitaron las campanas hasta que se colocaron las nuevas en el nuevo campanario, se tocaba a todos los actos de la iglesia con una azada sin mango colgada de un alambre. Se sujetaba con una mano y en la otra un martillo y se golpeaba. Sonaba igual que una campana auténtica. Así se estuvo haciendo hasta que se inauguró el campanario.

La primera temporada hacía mucha ilusión tocarlas a volteo, tanto que los mayores reñían. Las tocaban los jóvenes cuando llegaban de las romerías y los mayores se levantaban de la cama creyendo que había fuego. Al día